

Rubén Ortiz-Lamadrid

Marzo 24/57 m

Parquímetros

¿QUE va a pasar en La Habana, cuando empiecen a funcionar los parquímetros en todas las zonas que, divididas religiosamente, cuadra a cuadra, pretendiéndose acaso seguir un principio equitativo de una mayor distribución de la riqueza, constituyen hoy el "modus vivendi" de varios centenares de "parqueadores"?



Esta pregunta se la está haciendo prácticamente todo el mundo. Y pocos son los que no se dan, a sí mismos, inmediatamente, después de formularla, una respuesta. Ocurrirá, sin duda, que tendremos parquímetros y, por supuesto, "parqueadores", con la consecuencia de dos gravámenes, en abusiva simbiosis, para el automovilista.

Pronto verán los ilusos que insisten en confundir a la Capital de Cuba, que es una ciudad de trabajo, con Miami, que es un centro de turismo, cuán equivocados están al pedir que al automóvil se le imponga una gabela de estacionamiento, nada menos que con la pretensión de resolver los problemas del tránsito.

De más está decir que, a despecho de la implantación del nuevo método, las calles seguirán tan congestionadas como antes, porque el número de vehículos parqueados muy lejos de disminuir, habrá de aumentar cada año, y la única diferencia observable, en cuanto al tránsito motorizado, será el nuevo impuesto por hora que nos van a meter por la cabeza.

La proximidad de La Habana con La Florida, en Estados Unidos, es una verdadera desgracia para los habaneros, si no para toda Cuba. Ese ejemplo constante de Miami y sus inmediaciones, de Daytona y de Palm Beach, que se nos pone constantemente delante para tratar de justificar muchas medidas de exacción entre nosotros, es tan impropio, como lesivas sus consecuencias, para la moral y el bolsillo cubano.

Tanto Miami, como Daytona, como Palm Beach y otros "summer resorts" aledaños, son lugares de temporada y de recreo, donde el viajero, de tránsito, regularmente con la bolsa pródiga, asistido por un surplus, producto de rentas o ahorros, viene a gastar dinero.

En La Habana, el habanero está radicado permanentemente, dedicado a la difícil

tarea de ganar el sustento diario, y nadie tiene el derecho a complicarle aun más el déficit crónico del presupuesto, con parquímetros y peajes, propios de distinto ordenamiento económico, no de la vida dura de labor, nuestra.

¿Alguien ha visto, por citar un solo caso aleccionador, parquímetros en New York? ¿En Philadelphia? ¿En Chicago? ¿En Detroit, la cuna del automovilismo? Por supuesto: no. En esas urbes norteanas, dedicadas al empeño diario del trabajo, que tienen una vida propia y no turística, lo que existe son terminantes prohibiciones de estacionamiento en la vía pública, que es la única forma de salirle al paso a los problemas del tránsito, imposibles de resolver con la creación de nuevos impuestos que significan precisamente lo contrario, o sea permisos pagados de parqueo.

En fin, ¿para qué hablar? Se están instalando parquímetros hasta en la puerta de los colegios. Quienes están sembrando La Habana, no de arboledas frondosas que nos protejan de la canícula, sino de postes metálicos, quieren de veras sacarle provecho al reloj, y expensas del bolsillo del prójimo. Ahora, parquímetros y parqueadores habemus. Que Dios nos coja confesados.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA